

EXPERIENCIA DE CON

Hace cuarenta años, treinta años, veinte años, existían en América Latina algunas dictaduras que, por fortuna, fueron cayendo.

En aquella situación (y también en las dictaduras actuales), era fácil definir lo que era el conflicto, la violencia. El conflicto eran las fuerzas del orden secuestrando, torturando, desapareciendo gente. El conflicto era la arbitrariedad, el miedo, la desconfianza en el otro. Pero hoy, en este tiempo en el que “reina” la democracia, ¿podemos hablar de conflicto? Porque en los ocho años que pasamos en Rep. Dominicana ninguno de nosotros fuimos nunca amenazados, ni atentaron contra nuestra vida. Pero es necesario poner las cosas en claro, porque podría parecer, entonces, que estamos viendo gigantes donde sólo hay molinos. Yo doy fe de que sí, que el conflicto existe, sólo que está más disfrazado, maquillado, disimulado..., pero es conflicto al fin y al cabo.

Cuando llegamos a los bateyes, después de estar dos meses visitando todas las parroquias de la diócesis, teníamos una idea general de lo que se movía en el suroeste. Y lo primero que constatamos es que en esa diócesis había muchas personas (religiosas, laicos, laicas, sacerdotes) que podían

hacer el trabajo para el que nosotros habíamos sido solicitados. Así que le preguntamos al sacerdote responsable del proyecto por qué estábamos allí. Y la respuesta nos dejó helados: “porque nadie quiere venir a los bateyes”. Pero fue ahí donde empezamos a darnos cuenta de que la pobreza económica que se percibe a primera vista en los bateyes sólo era la primera capa de toda una larga lista de empobrecimientos.

Estar en el batey era como estar en un ghetto. Nadie quería entrar y todos querían salir. Las violencias ejercidas sobre esta población eran tan antiguas que se habían acostumbrado a ellas.

Lo siguiente fue darnos de cara con una realidad de miseria, en el pleno sentido de la palabra.

La población del batey está compuesta, en su mayoría, por una parte nacida en dominicana, pero de ascendencia haitiana (padres, abuelos, bisabuelos), a la que se llama dominico-haitianos. Un pequeño porcentaje de población dominicana de ascendencia dominicana (que se autodenominan dominicanos de pura cepa) y otro porcentaje de haitianos, que fluctúa en relación a la zafra. Y aquí nos encontramos con otra de las violencias de los bateyes, que nace de esta mezcla de nacionalidades, y que es la falta de documentación. Según cálculos del



2003 se estima la cantidad de unos dos millones de dominicanos que carecen de acta de nacimiento.

Existe en la dirección de migración una oficina exclusivamente para españoles, para facilitarnos los papeles, y otra exclusivamente para los haitianos, para todo lo contrario. Pero no es ahí donde está la peor de las prácticas, sino en la concesión de la partida de nacimiento a los recién nacidos. Existen miles de niños, nacidos en los bateyes, a los que se les ha negado la partida de nacimiento porque sus padres eran haitianos “o lo parecían”. Esta primera marginación, conlleva muchas otras. Los niños sin acta de nacimiento no pueden cursar más allá de quinto curso. Si no tienes acta de nacimiento, tampoco puedes sacar tu cédula (nuestro carnet de identidad) y por lo tanto, ni siquiera puedes llegar a la capital, Santo Domingo.

Por eso, para protegerse, los bateyeros no hablan creol cuando salen



FLICTO EN LA MISIÓN



Estar en el batey era como estar en un ghetto. Nadie quería entrar y todos querían salir.

del batey; sólo dominicano. Esta es otra de las violencias: ninguneando sus características culturales, promueven su desaparición, hacen que los más jóvenes se avergüencen de ellas y se vayan perdiendo. Como consecuencia, los habitantes de los bateyes y, sobre todo, los más jóvenes, tienen un gran sentimiento de inferioridad, tanto por sus orígenes haitianos como por su color de piel. No saben lo que son: si dominicanos, si haitianos. Cuando les llaman haitianos dicen que son dominicanos, pero si les discriminan por ser del batey, entonces se encierran en el creol y se reafirman como haitianos.

Existe un gran retraso a nivel educativo, al punto que todavía a día de hoy el nivel de analfabetismo para la población de 10 años es de un 30%, tres veces superior a la media del país.

Capítulo aparte, por lo que nos toca como católicos, merece la marginación ejercida por la iglesia local hacia los bateyes. Hay que tener en cuenta que el clero local y los feligreses beben de las mismas fuentes xenófobas y racistas que el resto de los dominicanos. Hasta el punto de oír decir, en una reunión diocesana, a un sacerdote dominicano que “la patria es lo primero”.

Y todo esto explica la posición que tuvimos que tomar, como misioneros, ante esta realidad. Era una realidad de explotación económica, de marginación social, de exclusión cultural... Nuestra fe, nuestra razón de ser misioneros, el Evangelio, nos obligaba a tomar partido. No podíamos hacer como que las cosas no

pasaban. Pero éramos misioneros, teníamos que ser testimonio, pero ¿testimonio de qué?

A veces creemos que estar en misión es dejarte llevar por el Espíritu y “que sea lo que Dios quiera”. Pero nadie puede estar en un lugar sin preguntarse por qué, para qué y cómo. No podemos estar en un lugar y vivir y trabajar por inercia. El misionero siempre tiene que conocer ese por qué y para qué. En ello le va la credibilidad.

Fueron tiempos de mucha oración, de meditar en común, con el responsable, pero también con la gente de las comunidades, con los católicos de otras parroquias...para saber cuál era el camino por el que Dios nos llamaba. Podíamos habernos quedado en un trabajo pastoral tradicional: misas, catequesis y poco más, pero la realidad no nos dejaba. No podíamos cerrar los ojos. Trabajar solos no ayuda, sobre todo cuando el ponerte de un lado, parece que te enfrenta al otro. Pero algo sí teníamos claro: hacíamos nuestras las palabras del profeta Isaías en boca de Jesús: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que de la buena noticia a los pobres”. (...) Lucas 4, 18-19.

Aprendimos que el misionero tiene que poner pasión en lo que hace. Como el profeta Jeremías, sentíamos nuestra boca arder por proclamar esa buena noticia a un pueblo que sólo había recibido malas. Se nos llamaba a sanar heridas, elevando la autoestima de los que nos encontrábamos. Y para eso, aprendimos a querer al pueblo con el que vivíamos: su música, su cultura, su comida, su fe, hasta sus defectos.

No podíamos seguir encerrados en nuestro ghetto. Había que salir afuera. En este contexto de marginación, los marginados tenían que ser los que dieran el primer paso. Nadie iba a conocer los bateyes en profundidad por su propia voluntad, pero había que comenzar a desmontar todos los típicos-típicos sobre los bateyes,

los haitianos, los dominico-haitianos y la negritud. No era sano seguir mirándonos el ombligo echando la culpa a los demás de nuestras miserias. Y eso es algo que el Evangelio nos enseña. A dar la voz y la palabra al que no la tiene. Es más. El Evangelio nos llama a que anunciemos a los

vida y vida en abundancia.

No puedo decir que nosotros estuviéramos perseguidos, y nunca sentimos que nuestras vidas estuvieran en peligro, pero sí que estar al lado de los pobres nos cerró algunas puertas y nos enfrentó a gestos de incompreensión por parte de algunas personas,

sorcio cuando se comportaban como si fueran dueños de vidas y haciendas. En ese camino nos encontraremos que, como los profetas, recibiremos incompreensiones de todos los lados, del nuestro y del contrario. El Evangelio es amor y misericordia y perdón, sí, pero todas esas palabras no se



El misionero no sólo no puede evitar el conflicto, sino que no debe y, es más, debe provocarlo.

que están ninguneados a que deben apropiarse de la palabra, sin esperar a que se la den.

Esa palabra que nos quemaba nos decía que teníamos también que provocar los cambios. Pero no con nosotros a la cabeza. En ese contexto de violencia nosotros no éramos los sujetos. ¿Provocábamos a la gente? No. Simplemente, poníamos una luz sobre la realidad, para que los bateyeros, que vivían su situación como inevitable, pudieran verla de otra forma y optar. Nunca buscamos la confrontación por la confrontación, pero sí que las cosas no se dieran como buenas si no lo eran y, por supuesto, nunca jamás, ser nosotros los protagonistas.

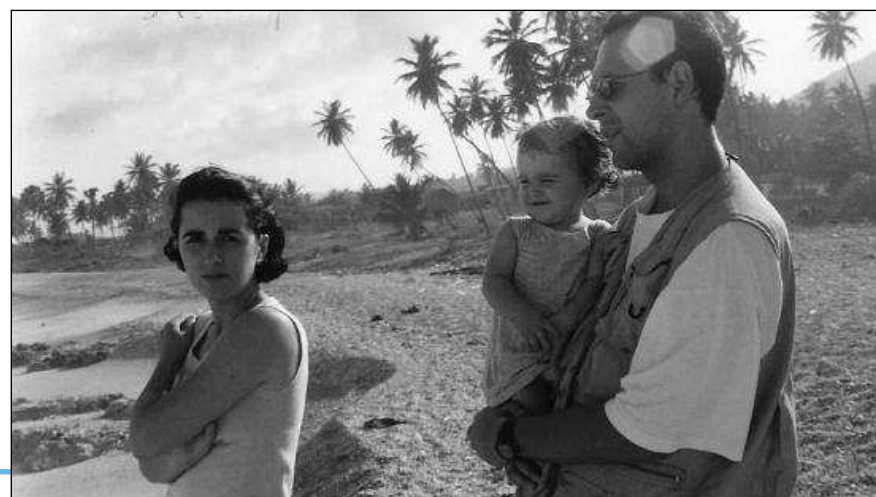
En ocasiones la gente echaba un paso atrás. Cuántas veces hubo que repetir que no estábamos en este mundo para sufrir, sino para tener

incluso dentro de la propia iglesia y entre los propios bateyeros.

En resumen, el misionero no sólo no puede evitar el conflicto, sino que no debe y, es más, debe provocarlo. Cuidado, provocar el conflicto no significa hacer fuegos, sino sacar a la luz realidades que están escondidas, distorsionadas o falseadas. El conflicto no lo provocaban los trabajadores pidiendo mejoras en sus condiciones, lo provocaban los gerentes del con-

pueden casar con la mentira, con la hipocresía, con la explotación. No intentemos estar en misa y repicando. Hay que elegir. Jesús nos enseñó que nuestra labor es, primero decir lo que está mal, para luego plantear soluciones (denuncia-anuncio). Sin sacar a la luz lo que no es Reino, no se puede construir un mundo mejor.

*Susana Hernández
(Extracto de su ponencia en la Semana de Misionología de Burgos, julio 2009)*



SUSANA Y JOSÉ ANTONIO